



TERTIUS ORDO REGULARIS SANCTI FRANCISCI  
CONSILIUM GENERALE

Prot. 18/2008

*Carta del Ministro General  
y del Consejo General  
a todos los Hermanos y Hermanas  
de la Tercera Orden Regular de San Francisco de Asis  
por la Pentecostés, 2008*

## ORAR EN EL ESPÍRITU

*“El Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho”*

(Jn 14, 26).

Queridos hermanos y hermanas:

El Cardenal Suenens decía: “Yo creo en las sorpresas del Espíritu Santo”. ¡Ven, Espíritu Santo! Más que hablar del Espíritu Santo, sería mejor desearlo, esperarlo en oración anhelante, invocarlo y dejarnos penetrar, reanimar y conducir por El.

¡Ven, Espíritu Santo, y enséñanos a orar! La oración cristiana es oración en el Espíritu. No es fórmula obligatoria, no es letra, palabras, sonidos, cantos. Es Espíritu.

Orar en el Espíritu es orar con toda confianza, como hijos, como los niños pequeños, es aprender cada día a “tratar de amistad”, como decía Santa Teresa, o hacer la “experiencia de gratuidad” de que nos habla el teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, pues como dice San Pablo: “no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos hace exclamar: ¡¡Abba, Padre!!” (Rm 8, 15-17).



Orar en el Espíritu es buscar los frutos del Espíritu que son: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza. (Ga 5, 22).

Pero, sobre todo, hemos de reconocer que necesitamos del Espíritu para orar, ya que no sabemos cómo orar ni que pedir. "El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad... e intercede por nosotros con gemidos inefables. (Rm 8, 26-27).

El Espíritu Santo es el único que nos puede enseñar a orar, el único que nos puede llenar de paz, amor, alegría y esperanza.

Ignacio Hazim, el Patriarca Griego-Ortodoxo de Antioquía, expresa esta poderosa verdad en estas palabras:

El Espíritu Santo es personalmente la novedad que actúa en nuestro mundo. Sin Él Dios queda lejos; Cristo es cosa del pasado; el Evangelio es letra muerta; la Iglesia pura organización; la autoridad tiranía; la misión propaganda; el culto simple recuerdo; y la praxis cristiana, una moral de esclavos.

Por esta y muchas otras razones, hay que aprender cada día a orar verdaderamente en el Espíritu, al Padre, por Jesucristo.

A propósito de la oración, queremos recordaros, queridos hermanos y hermanas, que *la dimensión contemplativa o el espíritu de oración ha sido una parte esencial de nuestro carisma desde nuestros orígenes hasta nuestros días.*

Las *Constituciones* de la Orden constituyen un extraordinario comentario y reflexión de nuestra *Regla* de vida y nos ofrecen unas palabras claras y actuales que expresan nuestra identidad:

Toda la vitalidad de nuestra vida fraterna y de nuestro testimonio apostólico depende del propio esfuerzo por progresar en la oración. Cada hermano y cada fraternidad es responsable de esta vitalidad y este testimonio"

La erección de un eremitorio o lugar de soledad en cada Provincia ofrece un testimonio más claro de la necesidad de integrar en nuestra vida la dimensión contemplativa y la activa. Además, ofrece la posibilidad de revivir la tradición eremítica en nuestra vocación franciscana". (Art. 74-75).

Es necesario que haya equilibrio entre el trabajo y la contemplación, entre el trabajo y el descanso, entre el trabajo y la vida fraterna" (Art. 91).



Los teólogos y pensadores nos advierten que todavía hoy perdura en la Iglesia y en la vida religiosa la crisis de lo contemplativo.

En el fondo se aprecia el abandono de una actitud de oración explícita al Padre, es decir, vivida en la adoración, en la acción de gracias, en la petición confiada y concreta al Padre de los cielos. Hoy, debido al talante de nuestra cultura, a la nueva orientación de la fe y a la forma de vida que nos ha impuesto la sociedad de consumo, tendemos a valorar sólo lo que la experimentación ha comprobado, lo tangible y lo concreto, lo controlable y lo eficaz, las realidades que producen una utilidad inmediata. De esta manera ha entrado en crisis la oración en su sentido más estricto: como encuentro con Dios en la soledad y el silencio, la oración en lo secreto en donde únicamente ve el Padre, lo cual puede ser visto como menos útil o como pérdida de un tiempo valioso.

Creemos que una de las causas que explican este fenómeno es la pérdida de la capacidad de hacer silencio. *Necesitamos recuperar el silencio, psicológica y físicamente, si queremos abrirnos a la experiencia de Dios.* Si queremos que brote en nosotros la actitud contemplativa, el asombro y la admiración necesitamos recuperar la dimensión de profundidad a la que sólo el silencio nos puede conducir.

El silencio nos pone en contacto con nosotros mismos, con la vida que es nuestra realidad primera, el primer misterio, el primer acceso a la experiencia de Dios y con las preguntas fundamentales por la existencia.

Los hombres y mujeres de hoy, invadidos por el maremoto sonoro del ruido que ocupa todos los espacios disponibles, ahogados por tanta palabrería, zarandeados por los vientos mediáticos, con frecuencia ya no saben de dónde vienen ni adónde van y terminan sintiéndose perdidos y alienados. Cuando esto sucede, es claro que han olvidado su verdadera naturaleza como hijos e hijas de Dios y el camino que conduce a la conciencia y al jardín interior de su corazón.

Pascal, el filósofo, estaba convencido que los males de la humanidad desaparecerían si las personas fueran capaces de estar cada día un cuarto de hora en silencio en su habitación. Kierkegaard coincide al señalar: "Si yo fuera médico y me preguntaran qué recomendaría, respondería: ¡impongan silencio, hagan silencio!"

Cuidado pues con el activismo, el "hacer por hacer", el valorar a las personas por lo que tienen y no por lo que son en verdad. Es evidente que la ausencia de una vida equilibrada puede propiciar una superficialidad en nuestro trabajo y nuestras relaciones y un tipo de activismo evasivo.



Procuremos recuperar, por consiguiente, la armonía y el equilibrio en nuestra vida entre la oración, la vida fraterna, el trabajo o la misión, el ejercicio y la recreación. Como franciscanos, contamos con una gran ayuda para alcanzar una feliz armonización de estos tres valores en la riqueza de nuestra tradición espiritual y de nuestro carisma. Francisco de Asís enraizaba su vida apostólica en una oración continua y su vida fraterna constituía una expresión privilegiada de su proclamación del Evangelio.

La oración es una experiencia de fe y un encuentro personal con el Señor. ¡Yo creo en ti Jesús de Nazaret! La estructura de la fe pide, pues, diálogo, presencia e intimidad. Este tipo de fe nos desafía a comprometernos no con un proyecto sino con una persona, el Señor de la Vida, que vive y tiene un proyecto para nosotros.

Además, la oración hunde sus raíces en la estructura básica de nuestro mismo ser y reaviva las dimensiones esenciales de nuestra naturaleza humana que no viven solamente de pan y materia, sino también de belleza, verdad, música, poesía, arte, mística y oración. Por tanto, podemos unir nuestras voces a las del salmista: "Mi alma está sedienta de ti y mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada y sin agua" (Sal 62) y a la intuición profundamente personal de San Agustín: "Tú nos hiciste para ti Señor, pero nuestro corazón está inquieto y desasosegado hasta que descansa en ti."

Nosotros somos seres limitados, pero tenemos unos deseos ilimitados, un horizonte infinito que nada ni nadie puede saciar, sino solamente Dios.

Dios, dirá otra vez San Agustín, no está para ser "utilizado" sino para ser "gozado". Por consiguiente, la pregunta pragmática y aparentemente sabia, ¿para qué sirve la oración? es en el fondo una pregunta estúpida. Es como preguntarse para qué sirve una sinfonía de Mozart, o la contemplación de un cuadro de Velásquez o una flor o la sonrisa de un bebé o un espacio verde en la ciudad, etc....

Ven, pues, Espíritu Santo, y enséñanos que la experiencia fundacional de nuestra vida religiosa es la experiencia de Dios. Recuérdanos que la enfermedad más frecuente que padecemos es la anemia espiritual. Haznos caer en la cuenta que nos falta calidad y continuidad en la oración para no caer en la "áurea mediocridad" de una vida fácil e instalada. Entra hasta el fondo de nuestras almas. Mira el vacío de hombre si Tú le faltas por dentro. Mira el poder del pecado cuando Tú no envías tu aliento.



¡Ven Señor y dador de vida! ¡Enseñanos a creer, enseñanos a amar!

*Roma, 9 de mayo 2008*

p. Michael J. Higgins, TOR  
*Ministro General*

p. John Kochuchira, TOR  
*Vicario General*

p. Bernat Nebot Llinás, TOR  
*1º Definidor General*

p. Amando Trujillo Cano, TOR  
*2º Definidor General*

fr. Mark McBride, TOR  
*3º Definidor General*

p. Pierangelo D' Aiuto TOR  
*Secretario General*